

ENSAYO SOBRE LA AMISTAD

— A Telmo Menacorda, delicado amigo y cuyo ideal es ser un compañero perfecto de sus colegas.

Ningún asunto, si no es el mismo amor, ha hecho escribir a los hombres cosas más hermosas y sentidas.

Es asunto tan trillado, que aparentemente poco pudiera decirse de él. En efecto, en la clásica antigüedad, la amistad fué la reflexión obligada de los más grandes filósofos; la influencia de los griegos y de los latinos en la cultura del Renacimiento, tuvo por fin también, el popularizar el tema entre los ingenios de esa época sin par.

Deleitarse en la amistad, es una cosa, reflexionar sobre ella, buscarle su sitio entre los fenómenos sociales, otra.

Entre los inspiradores cuentos de Longfellow, llamados "Narraciones de una posada vecina al camino", hay uno que me explica la indecisión que embarca mi ánimo. Había un monje que desde largo tiempo atrás había aspirado y rezado por adquirir una vida mejor, vida que fuese digna de permitirle ver al Maestro Jesús mismo, en el curso de una visión radiante. Al cabo de algún tiempo le aconteció lo que tan ardientemente anhelaba. Tuvo una visión.

La húmeda oscuridad perdió de repente toda su densidad y se llenó de una luz esplendorosa. En tanto

miraba extasiado el hermano a su Maestro y Señor, oyó el tintineo de la campana conventual. Llamábale al deber ineludible de ir a alimentar a los menesterosos que se agolpaban a las puertas del convento. Vaciló como es de imaginarse el místico joven. Temía, y con razón, no hallares más con la sobrenatural escena. ¿Pues no se trataba en efecto, de abandonar el ideal de su alma, hecho sensible por una multitud de pobres hambrientos?

Sin desaprobador su conducta, oyó una voz que le decía: "Cumple con tu deber. Y, deja que el Señor haga lo demás".

Inmediatamente fué a nutrir a los menesterosos, y, al regresar de su cristiana tarea, encontró intacta la visión que llenaba de goce a su alma.

Y entonces, volvió a oír otra vez la voz que le decía: "Si te hubieses quedado, yo me hubiese tenido que ir".

Así me pasa, señoras y señores: El lado poético, el aspecto sentimental de este afecto de los afectos, me llama hacia él a semejanza de la imagen de otra mundanidad al piadoso clérigo, mas mi deber está en otra parte y quizás vosotros y yo seremos recompensados por atendernos antes que nuestra propia delectación.

El poder pernicioso de las malas compañías es tal, tantas vidas se han arruinado por el contacto con seres perversos que desde un principio no más debemos atendernos a la manera de definir la amistad.

Tal importancia tiene esta relación como elemento en la estructura social, que tiene su capítulo aparte en la ciencia de las sociedades.

El origen más elemental, casi diré biológico de la

amistad, descansa en las percepciones de semejanza y desemejanza entre los seres. Este sentir, muy primitivo, va agrupando a las personas naturalmente en clases similares.

De los principios generales, pasemos a los particulares, y veremos de qué modo gradual va desenvolviéndose este sentir tan poderoso que varía según su intensidad entre la acción expresada por la frase: "Me gusta tal persona", simpatía, camaradería, y en forma más alta, casi diré religiosa y que se ha dado en llamar: amor platónico, por ser Platón, el maestro de Atenas, quien con más acierto la precisó y la describió.

La amistad es uno de los temas que más fácilmente se presta a grandes divergencias de opiniones, pero a mi modo de ver, estas diferencias son únicamente respecto a los detalles del asunto.

Esto pensamiento me trae al recuerdo esos temas ricos y espléndidos en su manejo, que los músicos suelen tomar de otros y alrededor de los cuales bordan sus propias composiciones, mas siempre a condición de volver a introducir el motivo prestado, el motivo inspirador.

Existe una clase de amistades como existe una clase de productos químicos denominada el oxígeno.

"Lo semejante atrae a lo semejante", era en el pensar de Empedocles, lo fundamental de este vínculo y creo que hallaréis ser este último el carácter permanente de las relaciones amistosas. Los que se quieren como amigos, notadlo bien, tienen potencialmente los mismos principios y sentidos. Podrán éstos no ser conocidos a primera vista pero seguid el curso de la amistad y veréis cómo ésta aumentará o disminuirá en proporción directa a las cosas en común, e indirecta, cuando vayan surgiendo las distancias.

Sucede a veces que una secreta simpatía—y la ape-

lido así porque es inexplicable—nos impulsa a con-
cebir la amistad de ciertas personas. Los sabemos dis-
tintos de nosotros, pero queremos si ello fuera posi-
ble, engañarnos a su respecto.

¿Qué sucede, qué acontece en estos casos, si nuestro
sentir es el más puro, desinteresado o fuerte? Predo-
minantemente el atraer a esa alma hacia nuestro círculo
de preocupaciones, hacia la esfera de nuestras creen-
cias y de nuestras esperanzas.

Lo parecido busca a lo que se le asemeja y sólo en
este distintivo puede basarse una amistad. Es su
principio más general y constante y hasta me atrevo
a afirmar su íntima esencia. Lo hallaréis así, por
más vueltas que deis al asunto.

Hojando en una ocasión el libro, diré casi íntimo,
de un amigo a quien esperaba, leí unas frases tan
hermosas, que le pedi me las dejase copiar.

Decían de este modo: "Tan profunda ha sido la
impresión que su bella alma ha hecho sobre la mía,
que no puedo pensar en nadie a quien puedan querer
más sabid y más fielmente. Desearía vivir siempre
cerca suyo porque siento en usted, a un hermano".

Se trataba aquí, a todas luces, de dos almas cuyo
motor en la amistad era una aspiración hacia algo
mejor de lo que podían haber logrado cada uno por
su lado.

Recuerdo cual si lo estuviera oyendo ahora mis-
mo, las palabras de unos viajeros alemanes acerca
de dos jóvenes que se despedían en una estación tras-
andina. Ambos no habían podido contener sus lágrimas
al separarse, porque habían batallado juntos en

la vida e ideado un plan que el viaje repentino debía destruir para siempre.

Una vez el tren en marcha, mudo y solitario, envuelto en su dolor el joven parecía la misma imagen de una desesperación que tenía muy profundas raíces en su alma.

“Este, — díjole uno de los viajeros al otro, — es aquel que tanto ha llorado por su hermano. “Dieser ist der für sein bruder so fiel geweine hal”, un vínculo fraternal, que aún como en el caso que nos ocupa, es reconocido por personas ajenas a él.

Llevado por mis tareas de conferenciante, tuve la ventura de pasar en la Universidad de Cornell tres inolvidables días.

Al pasearme una divina tarde por el campo universitario, fui gratamente sorprendido por un paisaje en verdad inspirador. El sol declinaba y teñía de grandes franjas rojas al horizonte vastísimo. Alguien, un espíritu bueno, llamante de la naturaleza, había colocado frente a él un escaño de piedra. Iba a sentarme, cuando leí una inscripción que no olvidaré mientras viva:

*“Para aquellos que se sienten alegres aquí,
Para aquellos que descansan tristes aquí
Deseamos simpatía y le damos bienvenida.
Así lo hicimos nosotros en nuestra época”.*

¡Qué mejor monumento elevado a la amistad, que esta inscripción, fruto de todas las ventajas y de todos los placeres brindados por el vínculo amistoso?

Ella es así, algo para los días de sol como para los días de lluvia, algo para las horas de fiebre, aburri-

miento o desesperanza, cual para las de triunfo y júbilo.

Hace pocos meses, asistí en Nueva York a la inauguración de un monumento tan sencillo como elocuente por las enseñanzas que sugería.

En el claro dejado por la intercepción de dos vías de las más transitadas del mundo, se ha colocado un banco romano y frente a él, una piscina rodeada de verde y de flores del tiempo.

En vez de colocar con vana y pasajera pompa la estatua de los esposos Ida Straus, muertos juntos en la catástrofe del "Titanio", por no quererse separar en esa hora fatal, hase hecho algo que viene a ser semejante a la enseñanza desprendida de esas vidas heroicas y serenas. En medio del tumulto, estos esposos reconocieron esa paz que flota por doquier en el seno del mar como al través de los gritos de la vía pública. Las cosas van y las cosas vienen. Los hombres nacen y los hombres mueren, pero esa serenidad que es el fondo de la vida misma, permanece y nos llama en todo momento.

La amistad se asemeja a ese oasis de la calle Broadway; la amistad procura esa paz.

¡Qué comentario mejor a esta faz sedativa de la amistad que un pensamiento del más sabio, entre los artistas del mundo, Wolfgang Goethe:

"Feliz aquel que abandona el mundanal y vacío ruido y a su pecho aprieta un amigo".

Al mencionar a Hamlet, el desventurado príncipe de Dinamarca, "En Willherlm Meister", caracteriza-lo de esta manera clara y bella:

"Como era puro de corazón, comprendía la lealtad y sabía apreciar el reposo con que se delecta un corazón sincero en el seno de un amigo".

"Es la imitación de Cristo" por Tomás A. Kempis, libro penetrante si lo hay en la literatura mística del mundo, leí unas pocas palabras que me quedaron grabadas como si fuesen a fuego.

Es la voz del amado que habla:

"Porque tú tienes en él a quien todo un mundo no podía darte".

Y aquí pasamos más allá de ese umbral que nos habíamos puesto por término de la amistad divina, del suprasensible amigo que no se equivoca ni puede equivocarse.

Refiérome a aquel a quien se ha definido con esta concepción digna también de lo divino:

"Cristo .. Es alguien que está cerca vuestro, porque os ama".

Descendiendo la sacra colina, a donde nos ha elevado la contemplación de la serenidad que transmite la amistad, (cual) definición puede abarcar mejor a esa amistad que es amor y de ese amor que es amistad:

"Alguien cerca vuestra porque os ama"

La raza helénica ha sido entre todo la que ha dado más nobles ejemplos de la amistad heroica. Faltó no hay duda de ello, el vínculo amistoso, la causa directa del valor y hasta diré de la misma independencia de la Hélade.

No hay sino que pasearse por un museo de antigüedades griegas, para ver en la constante reproducción de armónicas juventudes, el culto hacia esa noble pasión.

Todo nombre de héroe en Grecia, ya pertenezca a

la época legendaria o a tiempos más recientes, va unido al de su compañero inseparable.

Así Aquiles, sugiero a Patroclo y su recuerdo vive más lozano en nuestra mente, no tanto por sus hazañas de guerras gloriosas, sino por la magnánima energía con que defiende el cuerpo del camarada muerto por el valeroso Héctor.

Hasta ese trágico suceso nada le ha ablandado el corazón, ni la querrela con el rey Agamenón, ni las pérdidas de su propio pueblo. Una sola cosa le impulsa a tomar sus armas brillantes como el disco de Helios y la cimera de bronce, cuyos rayos encienden

Cuanto más se estudia la historia de este pueblo maestro, más se comprende la imposibilidad de llegar a su alma nuster sin admitir la fraternización como su base más estable.

Inspiró la vida política y la vida individual del cuerpo político.

¿Quiénes sino amigos fueron Harmodio y Aristogitón, cuyos tentativas de librar a la patria de la tiranía, tornólos héroes de la nación?

En este sentimiento fundó su filosofía el discípulo de Sócrates. En uno de sus diálogos más notables, titulado el *Simposium* o *Convite*, es donde la amistad y el amor son discutidos desde todo punto de vista, y llega de conclusión en conclusión hasta hacer de este sentimiento una iniciación para las cosas trascendentes del espíritu.

Divino don este de saber ser amigo; entusiasmo, que va en aumento hasta transformarse en la pura contemplación de lo bueno, de lo bello y de lo verdadero. La idea madre denominémosla de esa manera, del autor de la "República", es sublime y consiste en afirmar: que el ejercicio o la práctica de la amistad o del altruismo superior, según hoy lo ll-

maríamos. conduce a la visión de la Suprema Belleza. ¿No es ello, anticipándose al Maestro de Galilea en 400 años, decir que los puros de corazón verán a Dios?

¿Acaso puede uno imaginarse algo más desinteresado, más puro, más ético, que estas amistades constructivas?

No hay hombre sin hombre, ha dicho Jacinto Benavente, el principio incontestado de la actual literatura castellana, y pudiera haber completado su filosófico pensamiento, diciendo: No hay conocimiento de Dios, sin que él vaya unido al amor de alguien.

Amar, era para Platón desear el bien para el objeto amado Aristóteles, menos poeta, pero quizás en nuestro moderno concepto más científico, llevó aún más adelante nuestras ideas.

Así leemos en su Ética: "La perfecta amistad o amor es la amistad o el amor de aquellas personas que son buenas o semejantes en virtudes; por razón de que estas personas se parecen al desearse el bien la una para la otra, en la medida de su excelencia. La gente que anhela el bien para sus amigos por ellos mismos, son los que, en el sentido más estricto, pueden llamarse amigos, pues es su amistad una consecuencia inmediata de su propio carácter, el cual no constituye un mero accidente, sino algo permanente.

"La amistad perdura cuanto su virtud y la virtud es una cualidad invariable"

En otro trozo de su célebre tratado, habla de que debiéramos anhelar el bien para nuestro amigo por su propio interés y no por el nuestro. Si queremos el bien de los demás en este sentido, se nos llama deseadores del bien, a menos que estos deseos no sean reciprocados; cuando estos últimos son mutuos, se dice de ellos que son amor o amistad"

No importa dónde nos conduzca nuestro amor al

saber; encontraremos unidas o vinculadas a la amistad. las más pujantes virtudes.

Cicerón, aquel ilustro y despojado varón, cuya elocuencia salvó por tres veces a la República Romana de ser el juguete de una juventud elegante y moralmente corrompida, tiene su derecho a nuestro recuerdo por su libro sobre la amistad.

No sólo le ha dado el mayor de los renombres, sino que le ha traído hasta nosotros a semejanza de un amigo inmortal

“La vida no es más la vida, si a uno no le es permitido reposarse en el afecto de un amigo”, escribe esto neoplatónico con un alma de verdadero aristócrata

Aristocracia en verdad, era la selecta compañía de los mejores, que cenaban con el genial abogado, consultaba sus papiros o practicaban en las terrazas de su magnífica villa, refrescados por la brisa del mar.

Gastón Bolssier, uno de esos dos mil atenienses a que se refiere Hipólito Taine, en uno de sus *Ensayos*, ha escrito un libro sobre *Cicerón y sus amigos*

Delecta su lectura y hace vivir por unos momentos, harto fugaces desgraciadamente, con hombres que por haber sabido cultivar la amistad llegaron hasta nosotros embellecidos y rodeados de esa suprema distinción que es para las personas, lo que la pátina para el mármol, el bronce o la piedra. El tiempo ennoblesce y purifica

Oñuscado por falsos ideales de ascetismo, la amistad no presenta en la edad media ese carácter escultural de líneas puras y armoniosas, ese perfil tranquilo que nos atrae con fascinación hacia la estatuaría griega. Pero, sin embargo, encontramos aquí y acullá leyendas de una ingenuidad cuyo encanto perdura aún. El Medio Evo ilustró el aspecto inocente, pueril, ingenuo de la amistad. Si ella fué hija de

la razón en Roma y en Atenas, en los tiempos medievales proviene directamente del corazón.

Amis y Amile con el David y Jonatán, el Orestes y Pilades, el Damón y Pitias, de los tiempos que precedieron al Renacimiento.

De esta leyenda existen unas treinta versiones en casi todos los idiomas europeos. "Amis y Amile, cuenta el trovador, eran amigos abnegados, gemelos en el parecido y en sus vidas. Una vez se perdieron de vista durante dos años. Al volverse a encontrar se juraron mutua fidelidad, amistad y el propósito de no separarse nunca. Amis, tomó el lugar de Amile en un torneo para salvar su vida expuesta por un traidor. Así le ganó la mano de la hija del rey para esposa. No mucho tiempo después, cayó enfermo de lepra, acudió como ora de suponerse a su hermano de armas y éste y su consorte le pusieron sobre una hermosa cama y se constituyeron en sus criados. Y aconteció una noche, cuando Amis y Amile descansaban, sin otras personas presentes que Dios, éste le mandó a Amis su arcángel Rafael. Dijo el celeste mensajero que el Señor había atendido a sus plegarias y juzgado necesario que Amile sacrificase a sus dos hijos para bañar al amigo en la sangre de ellos.

Ochoó mucho a Amis semejante propuesta y rehusó transmitírsela a su amigo. Pero todo fué inútil, porque Amiles había oído también las palabras del arcángel. Después de reflexionar un poco, no vaciló el fiel caballero en degollar a sus dos niños y lavar el cuerpo de Amis con su sangre inocente. Curóse de esta suerte el caballero. Después retiróse el acongojado padre al dormitorio de su prole para llorar por su muerte, pero lejos de continuar con su lamentación echóse a reír; jugaban los pequeños, y por todo daño llevaban alrededor de su cuello, una señal carmesí por todo indicio de lo que había pasado

Murieron los jóvenes héroes sobre el mismo campo de batalla y ni aún al ser sepultados lejos, el uno del otro, pudieron mantenerse separados. En efecto, fueron encontrados juntos sus ataúdes a la mañana siguiente.

Despejad el ambiente extravagante tan propio de la exaltación religiosa de la época, y no se puede sino regocijarse en esta amistad sin par que no se detuvo ni ante el sacrificio de los más entrañables afectos.

Amis y Amiles figuran en el Santoral del Medio-Evo. El perfume de la amistad, se extrae sobre todo, de las memorias íntimas de los hombres célebres.

Hase dicho con encanto de verdad, que el romance más interesante del mundo es la novela de la vida íntima. Así, al recorrer el velo de la vida del gran San Agustín, vemos cuán delicado amigo fué. Era Agustín en extremo sensitivo y sufrió harto a causa de la envidia, del odio y de la incomprensión; por ello acaso, sintió con tanta poesía este afecto superior. Al morir su más querido amigo Nebridius, exclama: "y ahora vive al amparo de Abraham; cualquiera que sea el significado de ese amparo, allí vive mi Nebridius, mi dulce amigo". Y más adelante, en sus memorias escribe estas delicadas frases. "Mi corazón quedó quebrantado de dolor: en todo descubría la muerte. Resultaba para mí un tormento el residir en mi país natal, y una extraña felicidad el hallarme en la casa paterna. Echándole de menos, cuanto había compartido con él, se convirtió en una tortura perturbadora. Mis ojos le buscaban en todas partes sin descubrirle; odiaba todos los lugares porque él no se encontraba allí. Tampoco podían decirme. ¡Volverá como cuando estaba ausente! .. sólo las lágrimas me eran dulces, pues sucedían a mi amigo en la más cara de mis afecciones".

Ello demuestra no sólo maravillosa sensibilidad, sino una gran profundidad poética de alma.

Paralela a esta pasión de la amistad por un ser de excepción, corre el ejemplo de otro gran teólogo, Newman, que, al morir Ambrosio Saint John, su mejor amigo, pasóse toda la noche en la capilla ardiente, abrazado del cadáver.

Si estos grandes espíritas, de inmenso corazón y de maravillosa inteligencia, necesitaron renunciar a menudo con sencillez infantil a sus grandes poderes, ante seres muy inferiores a ellos, ¿qué no habremos de hacer nosotros! Como ellos, debemos amar la paz de la amistad; el bálsamo que representa para nuestra vida la presencia de los amigos queridos. Ellos son, para calificarlos con una bella frase del célebre Cardenal inglés: "la ondulación de la túnica de quienes ven a Dios en el Cielo".

El Renacimiento fué una era fecunda para la amistad. Y el motivo debemos buscarlo en la renovación de los estudios clásicos.

El sentimiento de la amistad dió origen a una escuela de poetas entre los que se cuentan los nombres ilustrísimos de Miguel Angel y de Sir Philip Sydney.

Sin embargo, el ejemplo más excelso del asunto, nos lo da Guillermo Shakespeare en su drama el Mercader de Venecia.

El sentimiento moderno de abnegación de un hombre por otro, la amplitud y hasta qué grado heroico puede llegar, no ha sido superado jamás por otra producción dramática.

Lo placentero, lo sublime y lo tragico de la amistad, están ahí descriptos con los mas seguros acentos.

Antonio, el opulento príncipe mercante, ya resuelto a dar su vida por alcanzar la felicidad del amigo, pinta de este modo su situación:

*Recordadme a vuestra honorable esposa;
 Contadle el proceso del fin de Antonio:
 Decidle cómo os amé, hablad bien de mí, en la hora de
 la muerte,
 Y cuando sepa ya todo esto, rogadle sea el juez de
 Basanio.*

*De si Basanio no fué amado una vez.
 No lamentéis el haber perdido a vuestro amigo,
 El no se arrepiente de haber pagado la deuda con
 [traída por los*

A lo que Basanio responde:

*"Antonio, yo estoy casado con una mujer,
 que me es tan cara como la vida misma,
 Pero aún la vida, mi esposa, y todo el mundo,
 No los aprecio tanto cual la vuestra.
 Todo lo perdería, lo sacrificaría todo a ella..."*

Hago de ello, unos veinte años, cuando florecían alegre mi infancia, mi placer más intenso de niño era concurrir a las representaciones teatrales de cuentos de hadas. En Inglaterra dáselos el nombre de *pantomimas* y forma parte integrante del programa de los festejos de la Nochebuena.

Tengo muy presente una de ellas y sobre todo una escena que nunca he podido obliterar por completo de mi imaginación. Representaba la biblioteca de un poderoso gigante. Habíase introducido allí un pobre mozuelo, muy contra la voluntad de su dueño, hombre duro de corazón.

No sabré decir, por qué serie de circunstancias, ábrense los armarios de libros y de los estantes a salen los personajes que ellos describen.

Esta es mi actitud ante los héroes de la amistad.

Los conozco a fondo y amo a cada uno, por un rasgo que en él fué peculiar.

San Agustín, cuyas confesiones le hacen un ser muy humano, parece decirme en las propias palabras de su narración: "Porque no relaté mi afecto por el amigo, cuya dulce intimidad fué más dulce que toda la dulzura de mi vida".

Veo a Montaigne, el maestro Shakespeare, el sabio más admirado en sus tiempos, y pienso en su amistad con Esteban de la Boetie y quisiera leerlos una por una las frases en que no cesa de ponderar el mutuo coloquio de sus almas.

Y así podríamos ir peregrinando durante muchas horas de oro, pero no quiero privaros del placer de leer cuanto antes la vida de los grandes hombres y sabréis entonces qué cosa luminosa y bendita fué para ellos la amistad.

Nada para mí por lo menos, graba tanto un concepto como el que vaya asociado a una representación gráfica, y máxime cuando ello no es puramente una creación del artista, sino que sale viviente de la misma realidad.

Pocos meses después de estallar la actual guerra, salió en un diario ilustrado de Estados Unidos, la fotografía de dos jóvenes belgas en traje militar y aguardando a lo que parecía la salida de un tren. El más joven de ellos, estaba sentado en un banco, herido en la cabeza, mientras el otro le cuidaba, su faz vuelta al otro lado para esconder el gran dolor que le causaban los sufrimientos de su camarada.

Este cuadro simboliza admirablemente y define cuanto hemos dicho.

Nosotros también aguardamos una nueva era, como estos soldados viajeros, cuya única diosa, en el tumulto de tanto desastre, es la de saberse amigos.

Tan sólo cuando sea el amor de los camaradas, una perfecta institución social, podrá considerarse a la democracia como el más firme y el más divino de los gobiernos.

ALBERTO NIN FRÍAS.